

28 de agosto de 1928

[...] Pronto llegamos a la pequeña villa de Dingle, situada al borde de una ría casi completamente cerrada por los montes que la rodean. Dingle no tiene más que una calle larga que sube por el monte, de casas de aspecto triste, con sus grises techos de pizarra, y aún más triste, pero más en carácter, bajo el orballo atlántico. Compramos whisky para los viejos marineros de la isla, caramelos para los chiquillos y tabaco para nosotros, esto último en una carnicería... Aquí termina la línea ferroviaria más occidental de Europa y tenemos que seguir viaje hasta Dunquin -unos treinta kilómetros- en un Ford desvencijado. Pasamos el cine, última avanzada de la civilización moderna de Europa, o primera de la civilización yanqui -es el cine europeo que está más cerca de Hollywood- y tomamos una estrecha carretera que después de unas millas empieza a bordear los acantilados grises de Sleah Head. A nuestra derecha, montes escarpados, a la izquierda, cien metros más abajo, el océano encalmado. Damos vuelta a la punta de Sleah Head y de repente aparece ante nosotros el verdadero fin de Irlanda. Ya no hay hacia el oeste sino mar e islas. El sol está oculto detrás de unas nubes grises pero brilla sobre el mar y sobre las islas del archipiélago Blasket. Las siluetas vagas y azuladas de las islas, casi fundidas en el oro pálido del cielo y el mar, parecen leves y vaporosas, formas de islas de ensueño. Al anochecer llegamos a la aldea de Dolquin [sic] y nos detenemos ante la casa donde hemos de pasar la noche, la vivienda de Kate Casey, hija del rey de la isla Blasket.

2 de septiembre de 1928

Kate Casey, la hija del rey de la isla, conoce desde hace muchos años al doctor Flower, y nos recibe con alegría. Mientras ellos hablan en galaico [sic] de los sucesos del pasado año yo examino la habitación en que nos encontramos. Es a un tiempo la cocina y la estancia principal de la casa. Las paredes, blanqueadas, tienen un zócalo anaranjado. El piso, muy limpio, es de grandes losas de piedra. El techo de la cocina es el mismo techo de paja de la casa, y la paja oscurecida por los años contrasta agradablemente con el blanco de las vigas. Al lado de la cocina, que ocupa todo el ancho de la casa, hay un dormitorio y sobre él un fayado que

también puede utilizarse como dormitorio. Detrás de la pared donde está la chimenea hay otra habitación, pero esta estancia solo se encuentra en las casas menos pobres de la región. Un aparador está lleno de loza -platos, tazas y jarras de colores vivos. Un pequeño estante, colgado en la pared, hecho de carretes de hilo, contiene numerosos objetos de cristal, muy apreciados aquí como elemento decorativo -bombillas eléctricas procedentes de barcos que naufragaron en la costa, botellas de medicina vacías, las grandes bolas de cristal que usan los pesqueros franceses como flotadores... Los cuadritos tienen marcos hechos de tapones de corcho, barnizados... Hay un banco largo cerca de la chimenea, adosado a la pared. Del asiento cuelga una cortinilla que llega hasta el suelo. Debajo se cobijan las gallinas de la casa. Las casas, construidas de piedras planas, están generalmente blanqueadas, pero algunas, las más aristocráticas, están pintadas de amarillo. El techo es de paja. Unas cuerdas que pasan por encima del friso aseguradas con arcos de mimbre clavados en la paja, sostienen una hilera de piedras que impiden que los vientos tormentosos del invierno se lleven la techumbre. Otras casas tienen techo de pizarra, o de lona alquitranada clavada en tablas. En muchas viviendas, aún en las más pobres -y aquí todos son pobres- hay cortinillas de encaje en las ventanas y un tarrito con algunas ramas verdes porque en estas tierras áridas las flores no existen.

El fuego de turba está sobre el suelo y el humo escapa por un pequeño hueco en la chimenea rectangular, que sale un poco afuera de la pared. En la pared hay pequeños huecos donde se colocan las latas de té y utensilios vacíos. Los potes están colgados de un aparato de hierro provisto de unos ganchos, con el cual se puede graduar la altura de los potes sobre el suelo. Este aparato está sostenido por un 'croch' de madera, de la forma de una horca, -eso significa la palabra 'croch'. cuyo poste vertical gira sobre dos anillas de hierro, permitiendo separar los potes de la lumbre cuando se desea, sin necesidad de descolgarlos.

Kate nos prepara una sabrosa comida de carne salada, patatas cocidas en su piel, con manteca y té, la bebida esencial en todas las comidas en el oeste de Irlanda. El pan tiene algo de mezcla de maíz, y se cuece sobre el fuego en un gran pote redondo. tiene el sabor aromático y delicado del humo de la turba. Nos

sentamos alrededor de la lumbre el doctor Flower, Kate, su marido y sus viejos suegros -ella una vieja descalza con hermoso pelo blanco y una voz armoniosa, de mantón negro y pañuelo amarillo, podría ser una anciana de Galicia. Los demás conversan en su extraño idioma, del cual no entiendo una palabra. Y yo me quedo mirando el humo del fuego de turba, el más poético de los fuegos, brasa roja sin llama entre los terrones castaños, espirales de humo azul. Recuerdo versos de Yeats: "Ver cómo sube en espirales el humo de la turba, y sentir en el corazón el contento y la sabiduría. Esto es lo mejor de la vida." Cuántas fantasías han tejido con ese humo estos celtas imaginativos y los escritores venidos desde lejanas tierras para aprender aquí la sabiduría del pueblo y captar algo del encanto de estas tierras.

Aquí, en estos últimos veinte kilómetros de la península de Dingle, estamos en la franja céltica del oeste de Irlanda, el Gaeltacht, donde aún queda algo del espíritu que animó la cultura que floreció en los claustros de Clonmacnoise. Aquí vienen los sabios y los filólogos de toda Europa a estudiar el idioma, las leyendas y las tradiciones del pueblo. Las esperanzas que tienen casi todos los irlandeses de hacer revivir la esencia de aquella cultura se basan sobre la prosperidad de estos pobres pescadores del Gaeltacht que han sabido conservar la tradición y el idioma mejor que los sabios y los literatos de las ciudades.

¡Cuánto queda aún en los cuentos y en las frases del pueblo del estilo y de la elegancia de la literatura céltica de antaño! Cuando Lady Gregory recogió los cuentos que le relataban los gaiteros y los violinistas errantes, los mendigos, las viejas que iban a dormir en el asilo, escuchó frases como la siguiente: "Cada martillazo que dio Noé sobre el arca se oía en todas las regiones del mundo. Era para prevenir a las demás..." O hablando de Finn MacCumhail, el jefe de los heroicos guerreros Fianna: "Sabía hacer lo mismo y comprender lo mismo que un niño de doce meses; y más que eso no lo sabe ningún hombre"... O para dar idea de la inteligencia de Tito: "Era un gran hombre... era capaz de hablar con tres personas a un tiempo, mientras estaba escribiendo en un papel." Y qué exquisita es la discreción de este comentario sobre la reina Maeve de Connacht: "En cuanto a la reina Maeve era muy hermosa; pero más tarde se volvió muy antipática; no le gustaría a usted oír todo lo que se cuenta de ella. Es mejor no hablar de eso. Y

después de todo, ¿quién sabe cuánto de lo que se dice es verdad? Que quede entre el libro y el lector." Dice Yeats que, hasta hace cien años, se reunían los viejos de cada pueblo para contar cuentos y comparar las distintas versiones. Luego votaban sobre cuál versión era la mejor y la más fiel y todos acataban el resultado de la votación. Cuando se comparó una versión oral de la leyenda de Deirdre con un manuscrito antiguo que se conserva en una biblioteca de Dublín se halló que solo diferían en una palabra y que el error era del redactor del manuscrito y no de la memoria popular.

De vez en cuando Kate, en su inglés arcaico y encantador, lleno de giros gaélicos, reminisciente del habla de los paisanos de Synge, me hace preguntas acerca de la vida en Galicia. Se asombra al saber que en nuestra tierra se usan cucharas de palo, que los bueyes alzan las redes en nuestras playas. Le interesa cuanto se relaciona con nuestra vida -la pesca, la agricultura. Interpreta mis respuestas a su familia, ya que ellos no entienden el inglés y comentan con interés estas cosas, para ellos deliciosamente exóticas...

A la mañana siguiente recorreremos los acantilados de la costa. Es muy parecido a las partes más salvajes de la costa gallega. Cabos escarpados y pequeñas playas tranquilas, terreno montañoso, cubierto de tojos, pequeños lugares a corta distancia unos de otros. Pero el conjunto tiene una severidad, una tristeza, mayor que la de las regiones más áridas de nuestra tierra. El terreno es más pobre, las casas grises. Los techos oscuros, no ponen en el paisaje la nota cálida de nuestras tejas. Las iglesias de cemento también son pobres. Cada aldea, en lugar de dar una sensación de bienestar, parece aumentar aún más la tristeza de la región. La pequeña diferencia de latitud, a pesar de la semejanza física del terreno y de la parecida distribución de los pueblos, hace que se sienta en el finisterre irlandés una tristeza que no se experimenta en el Finisterre gallego. Quizá unos grupos de pinos hicieran variar mucho el aspecto de la comarca, pero en toda la extensión que abarca la vista no se ve un solo árbol. Sin embargo, la atmósfera atlántica, las tonalidades del mar, del cielo, de las lejanas montañas, son las mismas que en Galicia. Un gallego se siente aquí más cerca de su tierra que en muchas regiones que solo distan de Galicia unos centenares de kilómetros.

En estas remotas tierras una santa de los primeros tiempos del cristianismo céltico encontró un lugar que la parecía apropiado para adorar a su Dios. Aún quedan en pie unas cuantas piedras y la ¿? cruz de la capillita de Santa ¿?, la iglesia más occidental de Europa.

Hace muchos años, en un día de tempestad, llegó a esta costa brava un barco abandonado por su tripulación. Los hombres de Dunquin y los de la vecina aldea de Ballyferrita [sic] salieron en sus botes para ver quiénes llegaban primero al barco. Los de Ballyferrita ganaron la carrera, pero al querer subir al navío su bote dio vuelta y se ahogaron. Sus convecinos acusaron a los marineros de Dunquin de no haber hecho todo lo posible por salvarlos y de esta disputa sobrevino una lucha entre los dos pueblos que duró varios meses. Al fin, después de muchos palos y muchas cabezas rotas, se impuso el buen sentido. Pero en el intervalo, un hombre de Dunquin que vivía en Ulster, a varios centenares de kilómetros de su pueblo, tuvo noticias de la contienda, limpió su fusil y vino a pie desde el extremo norte de Irlanda hasta el extremo sur para defender a su pueblo. Llegó cuando ya reinaba la paz y les costó mucho trabajo a sus paisanos impedir que matara a todos los habitantes de Ballyferrita. Es un caso muy característico del patriotismo local de los irlandeses el de este hombre que atravesó a pie toda una nación para luchar en defensa de su aldea.

9 de septiembre de 1928

Por la tarde, después de despedirnos de Kate y su familia, descendemos hasta el pequeño puerto de Dunquin por un camino cortado en el acantilado. Al lado del muelle nos espera un bote con cuatro remeros. Es un barco llamado 'curragh' o 'naomhog', de lona alquitranada, estirada sobre una ligera armazón de madera. Es el descendiente directo de los antiguos botes de pieles y mimbre, de los celtas, que aún se ven en algunos ríos galeses. Parece imposible que una nave tan frágil pueda vivir en estos turbulentos mares atlánticos, pero son estas las únicas embarcaciones que hay en la región. No solo andan a remo sino también en vela y los isleños llegan a transportar el ganado en ellas. Son tan ligeras que cuatro

hombres las levantan sin dificultad y las llevan monte arriba a donde no puedan alcanzarlas los mares del invierno... El mar está un poco agitado pero cualquier desconfianza que se sienta al embarcar se disipa enseguida. Ligero como una pluma el 'naomhog' monta por encima de la cresta de la ola y desciende rápido por el otro lado. Se experimenta la sensación de un movimiento deliciosamente suave que no se siente en ninguna otra clase de barco. Los remos de estos botes son curiosos por tener la pala del mismo ancho que el resto del remo. Dicen los marineros que son así porque de otra forma ofrecerían demasiada resistencia al viento fuerte de estas costas. La pala no se puede inclinar cuando está fuera del agua porque en lugar de estrobos, los remos tienen adosada una piedra triangular de madera con un pequeño agujero para introducir el tolete. En la proa de nuestro 'naomhog', como en todas las embarcaciones de la costa oeste de Irlanda, está atada a la borda una botellita de agua bendita.

Vamos descubriendo una curva: para sortear las fuertes corrientes del estrecho, y navegando al abrigo de unos terribles bajos negros, llegamos después de un recorrido de tres millas a nuestro destino, el diminuto puerto de la isla Blasket. Entre unos peñascos hay una rampa, defendida de los mares del sur por un pequeño muro. Los botes casi no tienen sitio para virar dentro del puerto. Por el borde del acantilado está congregada la mayor parte de la población de la isla. La llegada de un bote, que no sea el que lleva el correo de cada semana, es un acontecimiento importante. Cuando llegamos arriba el doctor Flower se ve rodeado por una multitud de chiquillos descalzas, muchachas, pescadores y viejas que acogen con júbilo a su antiguo amigo. Me presenta a todos ellos, y cada uno me da la mano y me saluda en irlandés. Entre redes extendidas a secar y botes quilla arriba subimos el centenar de metros que separan a la aldea del puerto. Entramos primero, como la cortesía exige, en la casa del rey de la isla. Es un hombre de unos setenta años, de cara afeitada, pálida y ojos azules; vestido como los demás isleños. Pero cierta dignidad reposada, algo en su porte y en su manera de hablar, lo diferencia de sus convecinos. Me dice que me considere en la isla como en mi casa. A mi amigo le pregunta por la salud de su esposa con estas palabras: "Si está enferma deseo que mejore pronto; si se encuentra bien no puede estar tan bien como yo deseo que esté." Y al saber que Mrs. Flower va a visitar la isla durante el

verano, exclama: "Cuánto me alegro de saberlo. Soy viejo y poco tiempo puedo vivir. Pero ahora, si vivo hasta el fin del verano ya podré morir tranquilo y satisfecho." Aunque su cargo no sea sino una tradición que el tiempo no ha logrado borrar, y aunque sus súbditos no sean sino un centenar de pescadores, es en verdad un rey que merece serlo. En la isla Blasket me sentí al fin monárquico.

Más tarde visitamos a las principales personas de la isla. Primero fuimos a ver al hermano del rey, que vive en una de las dos únicas casas de la isla que no son de planta baja, construidas hace años por el gobierno británico. Cuando se edificó su casa le habían dicho al hermano del rey que sería mayor que la que tenía antes. Pero él, después de medir varias veces la planta de la casa, quedó con el convencimiento firme de que lo engañaban. No era capaz de concebir la idea de una casa de dos pisos ni de comprender que podía ser mayor que una de planta baja, aun siendo menor el solar. No se convenció de que le daban una casa mayor que la antigua hasta que estuvo casi terminada de construir.

En todas las casas nos reciben con cortesía, pero la visita realmente importante llega cuando entramos en la vivienda de Tomás O'Criothain, el poeta de la isla. Este es el personaje más importante de la aldea. Es para hablar con él que el doctor Flower viene todos los años: para escuchar los poemas del antiguo poeta de la isla, Seán O'Duinnsleíbhe, que solo Tomás recuerda, los cuentos, las tradiciones, la explicación de la significación de los nombres de lugares de la isla, y los poemas del propio Tomás. La imaginación del poeta es inagotable y cada año encuentra el doctor Flower nuevo material para sus estudios. Cuando se publiquen los libros del eminente celtista, Tomás será uno de los hombres más celebres de Irlanda, honrado por todos los buenos irlandeses como fiel guardador de las tradiciones del pueblo. Es un viejo de más de 70 años, de nariz afilada y carrillo saliente. Sus ojos tienen una vivacidad extraordinaria. Aun sin entender una palabra de lo que está diciendo se da uno cuenta de que está en presencia de un hombre superior a los demás isleños. La entonación de su voz, sus gestos expresivos, bastan para hacer comprender que lo que está diciendo es interesantísimo. Esta colaboración entre el poeta galaico y el sabio celtista, llena de afecto y de aprecio mutuos es algo que enaltece a ambos. Hablan de los sueños y

de sus distintas variedades. Tomás dice que hay personas que mueren de pesadilla. "Cuando una persona muere gritando y los médicos no saben de qué padecía, es que murió de una pesadilla."

Por la noche se reúnen diez o doce de las principales personas de la isla en la casa donde nos hospedamos, la casa de otra hija del rey. Acuden todos los chiquillos, seguros de que mi amigo no se habrá olvidado de traerles caramelos. Se adelantan uno a uno para recoger su parte, murmurando tímidamente una palabra de gracias y se marchan chupando un caramelo. Las personas mayores tampoco desdeñan esta golosina, que pocas veces prueban. Pero los viejos pescadores prefieren el whisky. Cuando han bebido su vasito la conversación se anima. Los habitantes de la isla son muy habladores y tienen mucho que contar -todas las cosas que han sucedido en la isla durante el pasado año que en una ciudad no tendrían importancia alguna, pero que son para ellos todo un año de su existencia. Tienen también que hacer muchas preguntas a su visitante sobre las lejanas tierras de España. Los pocos que saben unas palabras de inglés se lamentan de que yo no conozca su idioma. hablan su propio idioma con gran soltura, con un tono de voz suave y agradable. No tienen en sus modales ni en su modo de hablar ninguna de la tosquedad de casi todos los paisanos y pescadores de comarcas apartadas. Sus movimientos y sus palabras tienen cierta dignidad, y su cortesía parece una cosa natural e intuitiva. "Es porque son los descendientes de la aristocracia céltica de Irlanda," me dice más tarde un amigo en Dublín. Así miran muchos irlandeses a estos pobres pescadores del oeste, considerándolos como el mejor y más valioso elemento de la nación y en su prosperidad fundan las esperanzas de una nueva cultura netamente irlandesa.

Los pescadores, unos de gorra y otros de sombrero negro, gastan "jerseys" azules de lana, con ornamentación de cuerdas y cadenas. Son casi todos altos, de pelo castaño y ojos claros. Debe de haber en sus venas mucha sangre escandinava, herencia de los invasores daneses que tantas veces ocuparon estas costas. Los viejos, y especialmente las viejas que andan descalzas y aún usan el mantón y el pañuelo, tienen un tipo muy parecido al de nuestros viejos paisanos.

La casa donde paramos es casi igual en distribución a la de Dunquin. En las casas de la isla hay muchos cuadros de barcos y yates, anuncios y calendarios norteamericanos, imágenes ante las cuales arde siempre una luz. Las viviendas son limpias, no siendo las más pobres, y puede vivir cómodamente en ellas quien se contente con la comida sencilla pero abundante y sana de la isla.

Todos los habitantes tienen algún pariente en los Estados Unidos y siempre están hablando de aquel país. Nueva York es para ellos una ciudad vecina, mucho más cercana que Londres. Lo que más les interesaba de cuantas noticias les traíamos del mundo exterior eran los detalles del vuelo del avión Bremen a través del Atlántico. Y no es extraño que les interese cuanto se relaciona con Norteamérica. Si no fuera por el dinero que reciben de sus parientes emigrados, no podrían seguir viviendo en un sitio tan árido y pobre como la isla Blasket.

16 de septiembre de 1928

Al salir de casa a la mañana siguiente encuentro al rey que camina lentamente hacia sus terrenos, acompañado de su burro cargado de dos cestos de estiércol. Hablamos de asuntos que en la isla son importantes. El rey se queja del bajo precio de las sardas. Se lamenta también de la piratería de los pesqueros franceses que andan en estos días por la costa norte de la isla pescando langostas en aguas territoriales irlandesas. Cuando vayan los isleños dentro de una semana ya no encontrarán nada. En su inglés claro pero extraño, me dice: "Capturan a los franceses. Los multan y confinan sus redes, pero a ellos no les importa una botella. Y después de todo también ellos tienen que ganarse la vida." En una ocasión el gobierno inglés les dijo a los pescadores de la isla que si encontraban nasas francesas en aguas territoriales quedaban autorizados para apresarlas. Pero los isleños se negaron a hacerlo. "Eso es cosa de las autoridades y no tiene nada que ver con nosotros." Admirable sentido de la ley el de estos pescadores. El rey habla de sus súbditos con tono patriarcal. "Son buenas gentes. Aquí no hace falta policía." No es partidario de la enseñanza en gaélico. Como casi todos los habitantes de esta comarca, piensa ante todo en la emigración, y para ir a América es indispensable el inglés.

Acompaño al rey hasta sus terrenos. Al lado de la aldea hay un pequeño triángulo de tierra cultivada, dividido en pequeñas propiedades, todas, poco más o menos, de las mismas dimensiones. Hace años, la división del terreno era irregular. Cada campesino tenía diminutos campos en sitios distintos y el cultivo era casi imposible. Pero el gobierno inglés logró convencer a los campesinos de las ventajas de un reparto más racional. Se llevó a cabo el reparto con grandes dificultades porque cada campesino estaba convencido de que le daban menos tierras de las que tenía antes. Pero valiéndose de los servicios de un anciano, hombre de gran autoridad en la isla, que hizo él mismo el reparto, pudo realizarse la reforma que a todos ha beneficiado. Aquí cultivan los isleños las patatas, las coles y la avena que constituyen con el pescado, el pan y el té, el principal sustento.

Se nota en toda la isla un aire de tristeza, de desaliento. Quizá se pudiera cultivar mayor superficie de terreno, pero los isleños, sin esperanza de ayuda exterior y sin más pensamiento que la emigración a América, no hacen todo lo que podrían por hacer próspera la isla. No trabajan mucho, desde luego ni la mitad de lo que trabajan nuestros paisanos. El paso lento del burro que los acompaña es el que da la medida del paso de los habitantes. Quizá lleguen algún día a abandonar la isla, como ya ha sucedido en épocas pasadas. La emigración hace que disminuya constantemente la población. Cuando emigra una familia entera la casa queda deshabitada y al año siguiente ya está en ruinas. Pero, tal vez influya favorablemente sobre la vida de los isleños la nueva política del gobierno irlandés en la cual se ponen tantas esperanzas. A la tristeza de estas regiones contribuye también el hecho de que la religión católica es más severa en Irlanda que en otros países, tal vez a causa de su contacto constante con el protestantismo. No hay fiestas ni romerías que hagan más amena la vida de los campesinos. Pero en compensación no sufren la opresión política y económica del caciquismo.

Al regresar al pueblo cuando anochece vibra en el aire una lejana y melancólica canción gaélica. Me hace recordar el "Lamento por Irlanda" de Séamus Cartan, escrito hace dos siglos: "No conozco nada bajo el cielo que sea favorable al celta, si no es el mar, al cual nos lleva la necesidad o el viento que empuja hacia el

puerto la nave que nos aleje de Irlanda; Y hay razón para que el mar y el viento sean nuestros amigos, porque hacemos aumentar el mar con nuestras lágrimas y el viento errante con nuestros suspiros."

Subiendo por la ladera a cuyo pie está situada la aldea -la red de caminitos hechos por los carneros nos sirve de escalinata- dominamos pronto las treinta casas de la isla, todas orientadas en la misma dirección, salvo las dos construidas por el gobierno. Están escalonadas por la ladera y no hay dos casas al mismo nivel. Los techos son todos de lona alquitranada. Llegamos a la pequeña torre, construida durante las guerras napoleónicas. Contra ella se disparó la única granada que ha caído en la isla. Pero en otra ocasión vino un crucero inglés a intimidar a los isleños. Estos se negaban a pagar sus rentas al conde de Cork, y fue preciso que viniera un barco de guerra para que se pudiera llevar a cabo el embargo de los muebles de los pobres pescadores. Tanta lástima le dieron al comandante del crucero que en cuanto llegó a Cork inició una suscripción a su favor, que ascendió a una suma muy superior al valor de los muebles embargados.

La isla tiene unos cinco kilómetros de largo por uno de ancho. La recorre en casi todo su largo una loma afilada desde la cual se dominan los acantilados de la costa norte y sur. La única manera segura de caminar por la isla es siguiendo esta arista a más de doscientos metros sobre el mar, pues las laderas tienen una gran inclinación, y es peligroso caminar por ellas sin calzado apropiado. Donde termina la pendiente de hierba verde empiezan los precipicios de los acantilados, de rocas negras, bordeados por una franja de espuma entre el azul intenso de las aguas atlánticas. En las profundas hendiduras de la costa el mar verde fluye sobre piedras de hermosos colores rojizos, amarillos y verdosos. En toda la isla no hay un solo árbol. Pero debió haber uno en otra época, porque un lugar se llama "el sitio donde estuvo el árbol". En las laderas pastan vacas, burros y carneros. Cada año se despeñan muchos animales por los acantilados. Los isleños cuentan que en una ocasión se pelearon dos burros en una de las laderas. Uno de ellos se colocó al borde del precipicio, en actitud agresiva, y esperó la acometida de su adversario. Pero en el momento oportuno, esquivó la embestida y su enemigo, sin poder detenerse, cayó a deshacerse entre las rocas un centenar de metros más abajo. Hay

otras islas más accidentadas donde los padres atan a sus hijos pequeños a un poste para que no se despeñen.

En la cima de Crocna Duna están las ruinas de un Dún, o fuerte, construido tal vez por los celtas o los daneses. Desde el monte más elevado, An Cro, se domina un paisaje magnífico. Al este se extiende la costa montañosa de la península de Dingle, desde el cabo Ceann Stratha hasta Sleah Head, dominada por la mole majestuosa de Mount Brandon. Más al sur está la larga península de Iveragh, las islas de Valentia y las Skelligs. Hacia el Atlántico en un semicírculo, las islas del archipiélago Blasket. Inish Tuaiscirt, como un enorme monstruo marino en reposo, con su enorme cresta de rocas puntiagudas; la isla cónica de An Tiaracht; Inish na Bro, Inish ic Fhaoiléain -la Isla de las Hadas. "Está negra de hadas," dicen los isleños. A Inish ic Fhaoiléain van a veces los de la isla Blasket, cuando llevan su ganado en botes a pastar allí. Cuentan que cuando uno de ellos remaba en su barco, observó con sorpresa y espanto que tres de los isleños que habían ido aquel día a la Isla de las Hadas caminaban sobre el agua a su lado. Regresó asustado a la aldea. Los tres hombres no volvieron nunca a la isla. Habían perecido ahogados aquel mismo día.

Más cerca de nosotros está Beginnis -la isla plana- donde también pasta el ganado de los isleños. Entre Beginnis y la isla Blasket surgen del mar las negras puntas de terribles bajos, en los cuales rompe incesantemente el mar. Aquí llegaron algunos barcos de la Armada Invencible que habían logrado sortear las tempestades de las costas de Escocia e Irlanda. Fondearon al abrigo de Beginnis, pero uno de ellos se fue a la deriva durante la noche y todos sus tripulantes salvo uno perecieron entre las rompientes terribles del bajo de Carraigh Fhada. Cerca de Dunquin los paisanos llaman a una sepultura "la tumba del hijo del rey de España." En el extremo este de la isla, algo menos precipitoso, quedan las ruinas de unas pequeñas edificaciones circulares, llamadas 'beehives' o colmenas, donde se recluían algunos monjes en los primeros siglos del cristianismo céltico. Debía ser la suya una vida verdaderamente ascética, en esta soledad rodeada de rompientes, sin más compañía que las aves marinas, viviendo en un reducido recinto en el cual casi

no tenían sitio para acostarse. Es curioso observar que los paisanos aún utilizan edificaciones análogas para guardar los implementos agrícolas.

A nuestros pies está Chlumhach Dhubhach, "la ladera triste", debajo de la cual la galerna sorprendió en una ocasión a casi todos los botes de la isla, pereciendo muchos de sus tripulantes. "Aquel día hubo dieciséis viudas," dice Tomás. Recordamos las palabras de la vieja Maurya, del drama de Synge, a quien el mar le arrebató, uno tras otro, el marido, el suegro y los seis hijos. Cuando los ancianos entran en la casa con el cadáver de Bartley, el último hijo, dice Maurya: "Ahora se fueron todos y el mar ya no me puede hacer más daño. No es que no haya rezado por ti en las noches oscuras, hasta que ya no se sabía lo que decía; pero ahora descansará, y ya era tiempo. Ahora descansará bien y dormiré mucho en las largas noches después del otoño, aunque no tengamos más que comer que un poco de harina mojada o tal vez un pescado que huele mal."

Pero en este momento están lejos los temporales del invierno. Las islas grises flotan en un océano azul cubierto de ligera neblina. Son las islas encantadas de las leyendas irlandesas y no las islas tristes de los dramas de Synge. Todo parece leve, casi inmaterial. Y el mundo que hemos dejado atrás, el laberinto agitado de Londres, se nos antoja, en esta pacífica soledad, una cosa loca e irracional que tampoco puede ser verdad. Estamos en la tierra habitada más occidental de Europa. Entre nosotros y América, entre nosotros y Finisterre, no hay sino islas desiertas y mar. De espaldas al mundo, mirando a la Isla de las Hadas envuelta en cálida bruma, nos parece que nunca fuimos tan libres, que nunca estaremos tan cerca de lo desconocido.

21 de septiembre de 1928

Con un excelente apetito después de nuestro largo paseo, comemos un sabroso almuerzo de langosta y pollo mientras entran y salen los chiquillos, las gallinas y los perros. De vez en cuando aparece en la puerta la cabeza peluda de un burro que mira al interior de la casa con un aire medio curioso, medio indiferente. Salimos a dar un paseo. En una casa vecina, vivienda pobre de pescador, está

hilando una vieja. Las redes cuelgan de una viga. Unos cuantos hombres hacen nasas para la pesca de langosta, doblando cuidadosamente las ramas clavadas en un terrón húmedo colocado en el extremo de un barril.

En la isla no hay iglesia y como los habitantes son pobres, el cura no los visita más que una vez al año. A veces no llevan los niños a bautizar hasta que tienen cerca de un año y cuentan los isleños que en una ocasión, como un pequeño que estaba en casa del cura para recibir el bautismo diera señales de tener apetito, su madre le pidió al cura un par de huevos cocidos y un trozo de pan, que el niño devoró enseguida. El cura asombrado, preguntó la edad del niño y la madre le dijo que solo tenía quince días. De ahí nació según los isleños la leyenda de que los niños de la isla a los pocos días de nacer se mantenían de huevos cocidos y sabían andar.

Pero si en la isla no hay iglesia, ni comercios, ni taberna, existe por lo menos una escuela limpia y alegre. Allí se da la enseñanza en irlandés y el inglés se enseña como un idioma extranjero. Era curioso ver cómo los pequeños aprendían la geografía de Francia con un mapa que tenía los nombres escritos en gaélico.

Por la noche volvemos a visitar al poeta Tomás. Nos sentamos alrededor de su chimenea, ennegrecida por el humo de muchos años, y el poeta coge un manuscrito de un estante lleno de libros y nos canta una antigua melodía gaélica con letra que acaba de escribir él mismo. Su voz de anciano es trémula y débil, pero no por eso sentimos con menos intensidad la emoción de encontrar en esta remota isla en este fin del mundo, un humilde labrador rodeado de libros, un poeta que consagra todos sus ocios al cultivo de su arte, y que habla con el doctor Flower como a un igual sin titubear, acerca del estilo y de la selección de las palabras que debe hacer el escritor. Por desgracia Tomás es casi el último de los poetas del pueblo, que antes tanto abundaban. Como dice él mismo, "Cuando yo era joven, el mundo era más alegre. Cuando estábamos en la taberna, todos los que entraban tenían algún poema o algún cuento nuevo que recitarnos. Pero ahora es otra cosa. Las noticias de los periódicos y las tradiciones del pueblo no caben en un mismo cerebro."

El día siguiente fue pródigo en acontecimientos importantes para esta isla donde todos los días transcurren iguales y monótonos. Por la mañana llegó un bote de Iveragh, cargado de colchones baratos, que los isleños adquirieron a cambio de las blandas plumas de las aves marinas de la isla. Casi todos los habitantes se congregaron en el puerto para presenciar esta primitiva transacción comercial. Más tarde llegó un bote con dos guardias cívicos, que venían de excursión. Arribó a la isla un pequeño yate, tripulado por dos jóvenes irlandeses que recorrían la costa occidental de su país, y más tarde pasó el guardacostas irlandés custodiando a un pesquero francés que había apresado. Pero el acontecimiento más importante tuvo lugar en nuestra casa, después de cenar. El doctor Flower quiso repartir entre los isleños el producto de algunas conferencias sobre la isla. Se reunieron en la cocina todos los vecinos, ancianos, robustos pescadores, algunos muchachos huérfanos, arrimados contra las paredes o sentados en el suelo. Uno a uno fueron acercándose para recibir la parte que les correspondía, unos tímidamente, otros decididos, pero todos sin dar la impresión de que recibían una limosna. No faltaba alguno que se secara una lágrima. El doctor Flower fue apuntando en una libreta el nombre de cada uno y el número de personas que vivían en cada casa, haciendo el censo de la isla, que resultó tener unos ciento treinta habitantes. La reunión parecía el parlamento de la isla; quizá fuera la primera ocasión desde hace muchos años en que se reunieron todos sus vecinos. La cocina se llenó pronto de chiquillos y de muchachas que cantaron algunas canciones gaélicas. Luego llegó para mí uno de los momentos más emocionantes de mi estancia en la isla. Entró Paddy Na hInn'sh, el violinista. Además de violinista hace violines de los cuales hay unas dos docenas en la isla. Con una seriedad casi religiosa del que cumple un rito, Paddy tocó la melodía "Port na Bon Kee", "La música de las hadas" oída por los isleños en Inish ic Fhaoiléain. Según ellos es una auténtica canción de las hadas. Con gran paciencia, Paddy la tocó varias veces y yo fui anotando por primera vez las extrañas notas de su extraña melodía que tiene alguna semejanza con ¿?. Según el doctor Flower, esto me ha dado un gran prestigio entre los isleños, que se asombraron al ver que una melodía de las hadas podía representarse con rayas y puntitos. Pero yo tuve la sensación de que cometía una especie de sacrilegio al llevar al prosaico y

mecánico pentagrama esta ligera música encantada que solo se debe escuchar entre las brumas de las islas del oeste, al lado del fuego de la turba.

Para estos celtas imaginativos, lo sobrenatural es algo muy cercano y real. Cuenta Yeats que cuando preguntó a una mujer, en una aldea irlandesa, si los pescadores sabían algo de las sirenas, ella le contestó con la mayor naturalidad: "En verdad, no les gusta nada verlas. Siempre traen mal tiempo." Otro delicioso cuenta de la gente de las islas que relata Yeats es el del nombre de Innisfor, que contestó, cuando un cura le preguntó cuántos dioses había: "En Innisfor hay uno... pero este es un país muy grande."

Al siguiente día los isleños no hacen más que comentar los acontecimientos de la víspera. "Fue como una feria," dice el viejo Seán Eoin. "Ayer no trabajó nadie porque pasaron tantas cosas, y hoy no trabajamos porque tenemos tanto que hablar, y porque además tenemos dinero. Gracias que no hay taberna, que si la hubiera no nos duraría mucho."

Después de corteses despedidas -el rey me invita a volver a la isla y espera que para entonces hablaré gaélico; Tomás nos regala unas bolas de cristal- bajamos al puerto donde nos espera el bote de Sean el hijo del rey. Una vez en el ligero bote de lona cojo el remo que me ofrecen y remo sin cansancio hasta Dunquin. Sean me felicita y se asombra de que no me haya cansado. Desembarco contento de haber remado en un 'naomhog' en las aguas de este Finisterre del norte después de haber remado tantas veces cerca de nuestro Finisterre, y satisfecho de haber merecido la felicitación de este rudo pescador de la isla Blasket.

Cuando salimos de Dunquin a la mañana siguiente, nuestra última visión de la isla es la de una sombra indecisa entre la bruma de la madrugada, casi como un trozo de bruma algo más oscuro que el resto. Y una vez de vuelta en el torbellino de la ciudad, el recuerdo de estos días vividos entre los humildes y hospitalarios pescadores de las islas donde aún se oyen las canciones de las hadas, tienen algo de la tenue vaguedad de la isla vista entre las brumas del amanecer, algo del fugaz encanto de lo soñado.